

Bel Atreides

Comunidad Y Consciencia Colectiva

Muertas las ideologías, pasado de moda el patriotismo por los excesos e insuficiencias a que dio lugar, dirigidas las naciones por generación tras generación de políticos corruptos que constituyen el escándalo de las masas e invitan a una irrecuperable desconfianza en el Estado, la relación entre individuo y colectivo se define cada vez más en Occidente por una consigna que, en la práctica, es aceptada por todos: lograr el máximo beneficio de la comunidad al mínimo precio personal y material. Este individualismo insolidario, etapa última y atroz en la creación de la marcada y característica individualidad occidental, se halla justificado por la ausencia de proyectos colectivos integrales en los cuales el individuo pueda ver satisfechas, además de sus necesidades y anhelos materiales, sus aspiraciones culturales y espirituales profundas. Sin embargo, a pesar de su vasta difusión, a pesar de dar el color y la atmósfera peculiares a las ricas sociedades del Oeste, descubrimos un número cada vez menos desdeñable de sujetos humanos que, alcanzado cierto grado de maduración individual, sienten que su desarrollo no puede continuar si no comparten sus logros con otros miembros de la humanidad, dejándose enriquecer al mismo tiempo por las capacidades y conquistas ajenas. Sienten, además, que muchas de las posibilidades e ideales que han empezado a entrever en esa cima de su proceso de maduración personal no podrán materializarse nunca sin el ecosistema adecuado para su cultivo y desarrollo. Un idealista en una sociedad materialista y pragmática es un Quijote o un Hamlet: una actividad inútil y alucinada o una inactividad adobada por una estéril reflexión son sus dos posibles destinos. Si quiere ser y serse útil, fértil, deberá hallar o crear el espacio y el grupo donde esas nuevas posibilidades humanas entrevistas sean experimentadas, puestas a prueba, refinadas y manifestadas en el campo complejo y multidimensional de la vida del hombre. Éste es, en esencia, el comienzo del pensar y del sentir colectivo.

Ahora bien, desde el mismo instante de su concepción, una comunidad, si quiere tener en sus manos las posibilidades y las herramientas necesarias para el triunfo, debe definirse en relación a tres órdenes de cosas: los fines, el tipo de equilibrio entre individuo y comunidad, y el tipo de relación con las unidades humanas mayores y menores que la comunidad. El tamaño de la misma, otro de los aspectos fundamentales, vendrá al principio condicionado, en gran medida, por los valores atribuidos a las tres cuestiones anteriores.

En cuanto a los fines, las comunidades pueden ser de tres tipos máximos: aquellas que se constituyen con el único propósito de simplificar y abaratar la vida compartiendo una serie de utilidades vitales como la cocina, el lavadero, el transporte, los garajes y almacenes..., y, tomando como excusa las actividades comunes a que ello da lugar, afrontar el reto de una amplia interrelación humana en el interior del propio espacio doméstico; aquellas otras que, no conformándose con este primer objetivo práctico, buscan además una comunidad en las actividades superiores del hombre -el desarrollo físico, intelectual, estético, espiritual...-, abordando la vida en común sobre todo como plataforma para el mutuo enriquecimiento y aprovechando las mejores capacidades de cada individuo para insembrar, estimular y motivar al colectivo; y aquellas otras, por fin, de tipo integral, que añaden a todo esto la voluntad de trascender la consciencia egoísta por el proceso de construcción de una consciencia colectiva. Y es necesario tener en cuenta que lo realmente importante no es la definición programática que una comunidad adopte, sino cómo esa comunidad se defina día a día en la práctica; porque sin una gran dosis de iniciativa, sinceridad y fuerza dinámica, por más alto que sea el ideal concebido, el centro de experiencia se irá desplazando irremisiblemente hacia las dimensiones más externas y elementales.

No cabe duda de que cada uno de estos tipos tiene por delante difíciles desafíos que afrontar; pero sólo el tercero puede aspirar, al final, a la creación de una consciencia colectiva auténtica, poseedora de niveles superiores a los de la inmediata y cotidiana vitalidad práctica. En cierto modo, es la creación de una consciencia colectiva lo que señala el éxito de una comunidad porque, mientras aquélla no se haya desarrollado, no existe tal comunidad, sino una suma de individuos en un medio marcado por relaciones de conflicto y colaboración, unidos en un proyecto que la mayor parte de las veces crea dificultades muy superiores a aquellos aspectos prácticos que trata de simplificar, y que acaba produciendo un cansancio irrecuperable de la experiencia colectiva.

Pero, por otra parte, ¿qué es una consciencia colectiva, esta entelequia que ha servido de disfraz conceptual a tantos fantasmas? Una consciencia colectiva es la entidad supraindividual formada por los vínculos de colaboración, amor y mutuo enriquecimiento de los individuos que la forman, un organismo uno y múltiple, con capacidad para autopercebirse, conocer sus necesidades y fines, y expresarlos a través de las mejores luces de sus diferentes células-individuos; un organismo capaz de funcionamiento autónomo, armónico, de maduración y crecimiento, con una personalidad definida y preparado para establecer relaciones creativas con otras unidades humanas. Por supuesto, esto no se improvisa, no es un comienzo, no basta una serie de normas, aspiraciones comunes y líneas

programáticas para establecerla; es el resultado de un trabajo complejo, que exige gran iniciativa y fuerza dinámica, y en el que el individuo rinde parte de su individualidad para recuperarla acrecentada y transformada en el colectivo. Y como todo proceso de trascendencia de la consciencia egoica, es doloroso.

Antes de la integración del individuo y la colectividad en esa entidad supraindividual y consciente que hemos definido como resultado de un proceso, el equilibrio entre los dos polos es incierto. El lugar del individuo en la comunidad queda en principio determinado por dos factores: la distribución del espacio físico y las normas comunitarias, ya existan éstas en la forma explícita de un manifiesto o en la forma implícita de una “moralina” de grupo. Si el grupo quiere respetar, quiere ayudar a crear y quiere finalmente aprovechar las mejores capacidades del individuo, tiene que ofrecerle las posibilidades para el desarrollo de una vida individual: su espacio, su tiempo y la necesaria comprensión para el silencio, la soledad, la reflexión, la meditación y la intimidad, así como aquellos trabajos y actividades que requieran estos importantes fundamentos para su desarrollo. Ha de estar preparado para aceptar la existencia de recursos individuales -a veces importantes recursos-, cuyo uso y gestión exclusivamente personales son muchas veces necesarios para una buena organización y aprovechamiento de los mismos, y ha de ser inmensamente cauto al juzgar las actitudes individuales procurando no hacerlo desde los prejuicios típicos del colectivismo clásico.

Uno de los prejuicios tradicionales, casi consubstancial con la idea de vida comunitaria y fundado muchas veces en un mal entendido igualitarismo, es el de la simplicidad de vida. Pero éste es un criterio peligroso y de muchos filos: mientras uno, por ejemplo, rechaza el transporte individual en aras del colectivo, otro rechazará todo transporte motorizado y propugnará el uso exclusivo de las bicicletas... o los caballos; uno verá lujo en la belleza, en todo elemento decorativo, y condenará cualquier edificación que se aparte del más espartano utilitarismo, pero para otros la verdadera simplicidad no se logrará más que en cabañas de barro y techos de palma; habrá quien rechace los electrodomésticos por consumir mucha energía y otros, contemplando la realidad desde un ángulo muy distinto, aplicarán el criterio ecológico al campo de la procreación humana y verán los hijos como un producto de excesivo requerimiento energético y consecuencias altamente contaminantes. Una vez se aplica de este modo el prejuicio de la simplicidad, no existe razón lógica alguna para detenerse en este o aquel punto, y la vida puede reducirse sistemáticamente hasta un austero retorno a las cavernas. Sin embargo, en una comunidad de tipo integral, cuyo fin es el máximo crecimiento individual y colectivo, el criterio de desarrollo no puede fundarse en semejante prejuicio: abundancia

de recursos al servicio del Ideal y usados con el máximo grado posible de consciencia y sinceridad debe ser su principio rector.

Por su parte, el individuo, si quiere respetar, ayudar a crear y finalmente aprovechar las capacidades de la vida colectiva, asumirá plenamente que sus recursos personales son algo que sólo le pertenece en la medida en que le ayuda a crecer; procurará que sus propias capacidades reviertan a la comunidad, estimulando e insemnando a los demás, y convirtiéndose para el conjunto en un motor de fuerza dinámica; además, ayudará a la creación de una consciencia colectiva hallando su propio lugar de participación en la vida comunitaria y haciendo el esfuerzo de trascender los límites que le impone su caparazón egoico; asumirá la responsabilidad de crecer y de compartir su crecimiento, y tratará de construir, a partir de los vínculos más intensos y verdaderos y creativos las relaciones con el resto de los miembros del conjunto.

Pero individuo y comunidad son sólo dos términos en una gradación más amplia de las unidades humanas. Por encima de la comunidad están las diferentes colectividades del pueblo, la ciudad, la región, la nación, etc.; por debajo de la comunidad, pero por encima del individuo, están las diversas formas de asociación humana de la pareja, la familia biológica, emocional o espiritual, y los grupos de diverso orden: ideológico, profesional, etc. También en relación a estas unidades mayores y menores, internas y externas, la comunidad se define. En realidad, una comunidad no es más que una oportunidad de tratar a una escala más audaz que la familiar, pero todavía dentro de los límites y capacidades inmediatas del individuo, el problema de la interrelación humana, es decir, el problema de ser al mismo tiempo hombre y humanidad, uno y múltiple, y de resolver por la vía externa el nudo del ego.

Otro de los prejuicios clásicos del colectivismo, alimentado ya desde sus inicios por Fourier y su proyecto de los falansterios, ha sido la idea de que para la salud del colectivo era necesario impedir en la medida de lo posible la existencia de asociaciones intermedias entre individuo y comunidad. Parejas, familias, amistades demasiado estrechas o corrientes de opinión son vistas desde este concepto como amenazas potenciales para la comunidad o bien como cosas del pasado, vínculos que impiden todavía el salto audaz hacia una vida más desprendida, más espontánea y nueva. Sin duda hay en esta posición una interesante percepción de la Verdad y es que la maduración humana, con su eclosión de la consciencia psíquica vastamente amorosa, con su eclosión del verdadero vital supremamente libre y poderoso, con su eclosión de funciones mentales y estéticas superiores, acabará con todos aquellos vínculos fundados en la mera dependencia emocional, el compromiso legal o las definiciones con las que tácitamente nos ligamos a otros seres humanos. Sin embargo, cuando la

pareja, o la amistad, o la familia, o el grupo ideológico... cuando bajo estas definiciones existe una plataforma verdadera para la experiencia, a escala muy reducida, del amor y de la entrega y de la adhesión y de la admiración y de la creatividad y de tantos otros valores que son imprescindibles para la creación de una firme realidad colectiva, cuando eso ocurre, es deseable que la comunidad ofrezca también aquí el espacio y el tiempo y la comprensión necesaria para el desarrollo de estas microasociaciones; pues es en la amistad y en el amor verdaderos -si es que uno puede distinguir legítimamente estos dos conceptos- donde el individuo hallará el modelo idóneo para crear sus mejores vínculos con el resto de los miembros del colectivo.

Sin duda, en el proceso de evolución individual y comunitaria, a la larga deberán desaparecer las definiciones y los códigos implícitos que lastran subconscientemente la amistad, la pareja, el grupo, o la familia, convirtiéndolas en sistemas de interrelación humana mucho menos flexibles de lo que exige la necesidad de crecimiento integral; pero más enriquecedor que la supresión o mutilación de relaciones personales diferenciadas y el salto a un amor difuso e impersonal hacia el colectivo será una apertura de esas microasociaciones a realidades más amplias en la que los mejores de sus sentimientos se extiendan progresivamente al resto creando una red de verdadera y amorosa camaradería colectiva. Porque, aunque es una tendencia corriente recurrir a la idea de comunidad para diluir en ella vínculos personales insatisfactorios, tradicionales o mal concebidos, y pretender resolver en el conjunto indiferenciado las insuficiencias de las relaciones personales, difícilmente triunfará en su amor al Todo -y sólo por amor se forma parte del todo, se enriquece al todo y se es creativo en el todo- quien se haya permitido fracasar en su amor a la Parte.

Finalmente, ¿qué tipo de relaciones establecerá la comunidad integral que hemos descrito con el colectivo mayor y con otras unidades humanas externas? Sean las que sean, estarán fundadas en el respeto a cualquier otra forma de asociación o disociación. En la medida en que esta comunidad haya logrado una especialidad de vida, una individualidad diferenciada, podrá enriquecer al conjunto; en la medida en que haya resuelto a su propia escala los problemas de interrelación -y entre otros, el de la propiedad, la creatividad, el de lo diverso y diferenciado en lo uno, el de la motivación recíproca...- podrá ofrecer sus logros al resto de las personalidades colectivas o individuales de su entorno; en la medida en que haya logrado una consciencia unificada y una armonía de funcionamiento podrá actuar creativamente en el marco general como una Persona en la que las capacidades de cada uno de sus miembros se ven acrecentadas por la suma orgánica de todos ellos. En definitiva, podrá aspirar a integrarse en una

realidad superior fundiéndose en ella y legándole sus conquistas o manteniendo su personalidad definida y participando en la construcción del organismo mayor, donde sus ideales hallen una escala mucho más amplia de desarrollo.

El mundo es demasiado diverso para que todos los individuos deban pasar, en su proceso de maduración, por una experiencia comunitaria a pequeña escala. Pero antes o después, el sujeto humano sincero con su crecimiento integral deberá llegar a relaciones maduras y creativas con el colectivo, que no podrán dar de sí la mejor de sus posibilidades secretas si entre los dos polos no se ha establecido el tejido de una vasta red amorosa. Sea a pequeña, media o gran escala, en su relación con la comunidad el individuo se verá siempre en el centro de dos corrientes poderosas: por una parte, la tendencia natural de los organismos menores a acrecentarse y trascenderse en los mayores; por la otra, las dificultades casi insuperables que nacen del choque de los egoísmos y de la diversidad de las individualidades. Ni por un momento podrá soñar en que puede remontarse a una dimensión colectiva consciente sin esfuerzo personal, y en todas las etapas del camino la iniciativa, la sinceridad, la capacidad de innovación y renovación y, sobre todo, la fe en el otro, serán sus herramientas indispensables; pero en última instancia, el éxito en la vida comunitaria sólo le está prometido a un tipo de seres humanos: aquellos que tienen la capacidad de enfrentar los problemas, sea cual sea el tamaño de la dificultad, no como obstáculos insuperables u ofensas personales de las que nos hace objeto el Destino, sino como la oportunidad de ascender a un nivel superior de organización, a un grado más complejo de armonía.